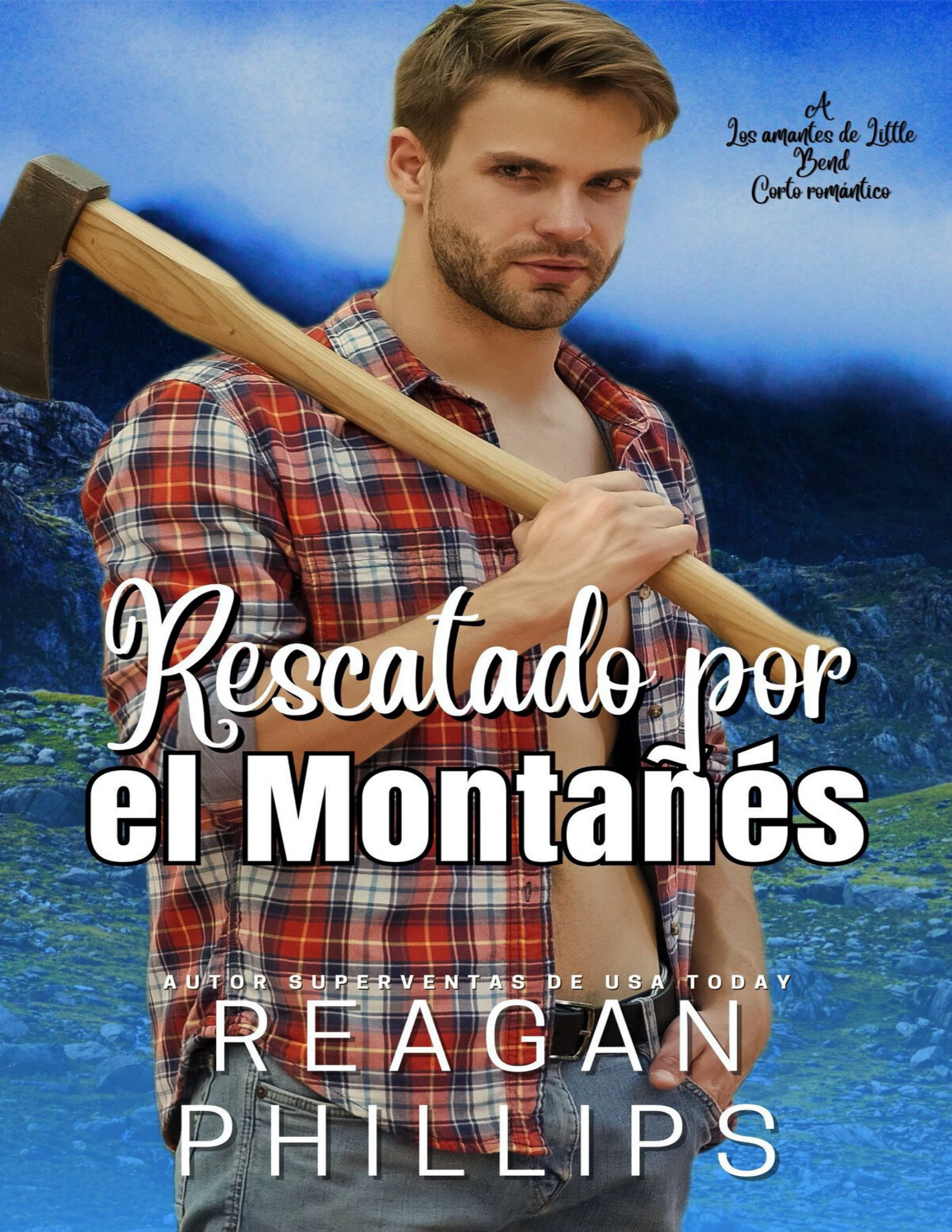

A
Los amantes de Little Bend
Corto romántico
Rescatado por el Montañés
AUTOR SUPERVENTAS DE USA TODAY
REAGAN PHILLIPS

Rescatado por el montañés

El amante de Little Bend

Reagan Phillips

Índice

Capitulo 1
Capitulo 2
Capitulo 3
Capitulo 4
Capitulo 5
Epílogo

descargaepub.com

Capitulo 1

Ethan

Estoy cortando mi quinta carga de leña cuando un grito perfora el silencio del bosque.

Es femenino e inquietantemente familiar. Instintivamente, sé que es ella. Callie está aquí fuera, sola y en apuros.

Dejo caer el hacha con estrépito y subo a toda velocidad por la montaña, esquivando árboles y saltando rocas a medida que avanzo. Nunca he subido tan deprisa a esta montaña. El corazón me late con fuerza en el pecho, como si estuviera a punto de reventarme la caja torácica, y el aire frío me pincha los pulmones. Pero no hay tiempo para el dolor ni el cansancio, no puedo fallarle.

Los gritos son cada vez más fuertes y desesperados hasta que por fin, después de lo que parecen horas de carrera pero que podrían haber sido sólo minutos, tropiezo con un claro y una visión que me detiene en seco. Allí está ella, en lo alto de una de las rocas más grandes al borde del acantilado, donde se sabe que los excursionistas caen al vacío. Se aferra al granito dentado y sus ojos se abren de terror mientras mira fijamente algo que se mueve a lo largo de la línea de árboles.

Un maldito oso.

"Callie", mi voz se desgarra en mi garganta. Levanto las manos, advirtiéndole que se quede quieta y no dé a la bestia ninguna razón para cargar.

Está agazapado, con el pelaje erizado mientras gruñe molesto: parece que me he entrometido en la caza de un oso negro, y no se toma muy bien la interrupción.

Doy un fuerte pisotón contra el suelo rocoso y alzo los brazos, haciéndome lo más grande e intimidante posible.

"Ethan", me llama Callie, con la voz quebrada por el miedo y el cansancio. "Por favor, ten cuidado. Tiene cachorros".

Mierda. No me extraña que haya atacado. Callie conoce esta montaña tan bien como yo. Ha vivido aquí la mayor parte de su vida. Sabe que nunca debe interponerse entre una madre y sus cachorros. "No te muevas", le ordeno, cogiendo un palo mientras avanzo.

Cuando estoy entre Callie y la bestia, agito los brazos frenéticamente, gritándole hasta que por fin se da la vuelta con un resoplido de rendición.

Entonces vuelvo mi atención hacia Callie. Con menos cuidado del que me gustaría, se impulsa desde la roca y corre hacia mí tan rápido como pueden llevarla sus piernas. Por un

instante, se detiene a mis pies, con los ojos llorosos y el labio tembloroso, debatiendo su próximo movimiento.

No es ningún secreto lo que siento por Callie Cauthen. Desde el instituto, la he deseado de todas las maneras que un hombre puede desear a una mujer. Pero Callie tenía otros planes, el más importante era salir de Little Bend y hacer algo por sí misma en la gran ciudad de Raleigh.

"No deberías ir de excursión sola". Mi tono es firme. Su desprecio por su propia seguridad me vuelve salvaje. "Especialmente durante la temporada de partos".

"Lo sé", tartamudea, la voz quebrada mientras las lágrimas corren por sus mejillas. Callie no es una llorona, y se me revuelven las tripas de culpa al saber que he contribuido a su malestar. "He estado muy ocupada en la ciudad y necesitaba pasar un día aquí para despejarme".

Mi determinación se disuelve y la rodeo con mis enormes brazos, apretando su cuerpo tembloroso contra mi pecho. Veo la evidencia de su lucha en los cortes y moratones que tiene en brazos y piernas, y me preocupa que se haya torcido el tobillo por la forma en que desplaza su peso hacia mí, levantando un pie para que sólo la punta de la bota toque el suelo.

Me agacho, le paso un brazo por detrás de las rodillas y la levanto hasta que queda bien acunada contra mí. Empiezo a bajar la montaña con Callie en brazos y su cabeza apoyada en mi pecho. El sol empieza a ponerse y el cielo se tiñe de rosas y morados.

Su respiración empieza a ralentizarse mientras camino, un suave suspiro se escapa de sus labios de vez en cuando cuando cuando el camino rocoso me hace sacudir sus heridas. Bordeamos ramas de árboles caídas y arbolillos crecidos hasta que, por fin, llego al camino de tierra que conduce a mi cabaña.

La subo por los escalones del porche y, una vez dentro, la bajo con cuidado a una de las mecedoras que hay junto a la chimenea. Parece cansada y agotada, así que rápidamente le pongo una manta sobre los hombros.

A su lado, enciendo una lámpara y prendo fuego en la estufa de leña mientras Callie permanece sentada junto a las llamas. Sus ojos recorren mi pequeña cabaña, observándolo todo: las estanterías, las paredes llenas de fotos mías y de mi familia cazando, pescando o acampando en esta misma montaña, recuerdos de tiempos mejores en los que la vida tenía más que ofrecerme.

"No subía aquí desde el instituto. Me encantaba cuando invitabas a todo el mundo a la fiesta del famoso hermano Greene. No ha cambiado nada".

No digo nada. Tiene razón. El lugar no ha cambiado, salvo que ahora es mi casa y vivo aquí sola. Es como me gusta. La forma en que he tenido la intención de continuar hasta ver lo perfectamente que Callie encaja en la mecedora y lo natural que parece sentada junto a mi fuego.

"Ya nadie sube hasta aquí", digo, entrando en el baño improvisado para mi botiquín. "Excepto los excursionistas que se han perdido".

Callie sonríe cuando vuelvo, y siento que el corazón me da un vuelco. Su sonrisa siempre ha tenido ese efecto en mí, incluso después de todos estos años. Dejo el botiquín sobre la mesa y atiendo sus heridas. Hace una mueca de dolor mientras le limpio y vendo los cortes y el tobillo, pero no se queja. Me doy cuenta de que agradece mi ayuda.

Cuando termino, me siento frente a ella en otra mecedora y me quedo mirando el fuego. El silencio entre nosotros es agradable, pero sé que hay algo que quiere decirme.

"Lo siento", empieza, con voz apenas por encima de un susurro. "No debería haber venido aquí. No sabía adónde ir".

La miro, sorprendido. "¿Qué quieres decir?

Respira hondo antes de continuar. "Ayer, mi ex vino a la cafetería, dijo algunas cosas y...".

Se detiene y aprieto los puños. “Necesitaba alejarme, y la montaña fue el primer lugar en el que pensé”.

“¿Te hizo daño?” Mi voz es exigente y hace que Callie se sobresalte.

“No. Se echa hacia delante en la silla, repentinamente despierta. “A Michael no se le ocurriría ponerme un dedo encima. Algo oscuro se dibuja en su rostro. “Parte de la razón por la que es un ex”, susurra.

Gruño; el tema de Callie con otro hombre no es mi favorito y una punzada de celos me picotea el pecho. “¿Qué te dijo para que vinieras aquí durante la temporada de osos?”.

Callie se relaja en su silla y siento mi cuerpo a gusto con el suyo. “Es complicado. Básicamente que soy fría e insensible, y que si hubiera querido salir con una princesa de hielo, se habría mudado a Alaska”.

Me río. No puedo evitarlo. Ese puto cabrón no sabía lo más mínimo de la mujer que tengo sentada delante, envuelta suavemente en mi manta y poniéndome la polla dura.

“Ah. Te hace gracia, ¿verdad, Ethan Greene?”.

Me levanto, cruzo la habitación y pongo la cafetera en el fuego para ocultar mi diversión. Será una larga noche si no consigo que Callie vuelva a bajar la montaña, y necesitaré toda la cafeína que pueda conseguir. “No eres una princesa de hielo; ese tipo es un imbécil”.

“Si todos fueran como tú, las citas serían mucho más fáciles”, dice Callie con una risita, metiendo las piernas debajo de ella y recostando la cabeza en la mecedora. “Tranquilo y fuerte. Nunca exigente. Siempre estás ahí cuando se te necesita”.

Siento que me sube el rubor por el cuello al oír su valoración de mí. Callie no tiene ni idea de los pensamientos que sus palabras despiertan en mí. No puedo apartar la mirada de ella, de cómo la luz del fuego baila sobre su piel, iluminando sus rasgos con un suave resplandor. Parece una diosa ahí sentada, envuelta en mi manta.

“No estoy seguro de ser el mejor ejemplo de cita fácil”, digo, intentando mantener la voz uniforme. “Me han dicho que a veces soy un poco... difícil”.

Callie se ríe y el sonido resuena en la quietud de la cabaña. “No me lo creo ni por un segundo. Sólo eres callada, eso es todo”.

Callado. Sí, es una forma de decirlo. La mayoría de la gente me llamaría melancólico, malhumorado, o incluso huraño. Pero Callie ve algo en mí que nadie más ha visto.

“¿Es eso lo que quieres, Callie? ¿Alguien que siempre esté ahí para ti?”. le pregunto con la mirada clavada en la suya.

Ella asiente lentamente, sin apartar los ojos de los míos. “Alguien que me comprenda y no me juzgue. Alguien que no tiene miedo de estar a mi lado cuando las cosas se ponen difíciles”.

“¿Y no crees que Michael fuera ese alguien?”. pregunto, intentando mantener un tono neutro.

Callie responde con un bufido. “No, estaba lejos de serlo. Siempre quiso que cambiara, que fuera alguien que no soy. No podía soportar el hecho de que soy una mujer independiente que sabe lo que quiere”.

Asiento con la cabeza, entendiendo exactamente de dónde viene. “Lo entiendo, Callie. De verdad que lo entiendo. Ese tipo de fuerza puede ser intimidante”.

“Sí, supongo que sí”. Su mirada se suaviza y me mira con el ceño fruncido. “Pero a ti no te intimidaría”. Desvía la mirada un segundo, luego vuelve a mirarme, y la tristeza lúgubre de su rostro desaparece cuando lo hace. “Asustas incluso a las mamás oso con tus propias manos. Una mujer no podría escapar de ese poder”.

Sacudo la cabeza y sirvo café para los dos. Si Callie supiera lo que pienso, saldría cojeando de esta cabaña y bajaría la montaña en la oscuridad. Sola. Debería insistir en que se vaya.

Porque me parece que Callie quiere que alguien le enseñe cómo trata a una mujer un hombre de verdad, y si sigue mirándome con esos ojos penetrantes y diciéndome esos piropos que me hacen sentir más grande que la vida, no voy a poder evitar ser el hombre que se lo enseñe.

Capitulo 2

Callie

Ethan Greene ha crecido.

No el tipo de barriga cervecera y fútbol en el sofá, sino grande. El tipo de hombre fornido por derribar árboles y vivir en el bosque que hace que sus hombros sobresalgan y sus bíceps tengan la circunferencia de un melón.

El grande en el que quieres envolverte y dejar que se lleve todos tus problemas.

Ahí es donde estoy ahora mismo: deseando que Ethan me coja en brazos y me lleve a un lugar donde el mundo ya no pueda hacerme daño. Quizá por eso me adentré tanto en las montañas, sabiendo lo peligroso que es en esta época del año.

No me propuse exactamente encontrar a Ethan cuando decidí que una excursión me despejaría la mente, pero sabía que estaría aquí arriba, viviendo aislado en la antigua cabaña de caza de su familia.

Lo sabía porque la historia de Ethan ha sido una leyenda urbana desde que regresó a Little Bend. Una famosa estrella de fútbol del instituto con una beca deportiva en la universidad más importante del estado abandona el último año para vivir como un recluso.

Un recluso malhumorado por los rumores que corren por el pueblo.

Ethan me trae una taza de café y se sienta en su silla. “Está oscureciendo demasiado. No puedo llevarte a salvo montaña abajo hasta mañana”.

El calor de la taza me alivia las rozaduras de las manos al agarrarme a la roca. “Lo siento, Ethan. No pensaba ser una carga para ti”.

Sus ojos se abren sobre la taza, pero disimula dirigiendo su atención al fuego. “Eso no me preocupa. Me quedaré en el suelo. La cama es bastante cómoda”.

Una mirada a la esquina me dice todo lo que necesito saber. “Y es lo suficientemente grande para dos. Si dices que no, dormiré en el suelo”. Por desgracia, tiene una alfombra de piel de oso y, después de lo de hoy, quiero estar lo más lejos posible de cualquier cosa bestial.

Veo a Ethan evaluando la cama, luego a mí y de nuevo a la cama. Se lo está pensando, pero los años no lo han cambiado del chico tímido que era en el instituto.

“Cabemos los dos”, añado, sonriendo detrás de mi taza.

Ethan vuelve a ponerse en pie y trabaja con una olla en la pequeña zona de cocina que ha creado con la estufa de leña. “Si tienes hambre, tengo sopa. Si no te importa, conejo”.

“No me importa”. Crecí aquí igual que él, comiendo ciervos y patos y cualquier otra cosa que

la montaña me proporcionara. “Pero no tengo mucha hambre. El oso como que me quitó el apetito”.

Ethan gime que entiende.

“¿Por qué ya no vienes al pueblo, Ethan? Cuando volví de Raleigh, te veía en el mercado una o dos veces al mes. Ahora no te he vuelto a ver desde diciembre”. Y he estado buscando. No tardé mucho en aprender su costumbre de visitarnos el primer lunes del mes, cuando la mayoría de los turistas de la semana anterior se habían marchado y los de ésta aún no habían llegado. Como el paisaje invernal atrae a excursionistas de pueblos cercanos, el flujo de visitantes se ha mantenido constante desde Navidad.

Se detiene para remover la olla y apartarla a un lado de los fogones. “No bajo mucho en invierno. Aquí tengo todo lo que necesito”.

“Mis clientes cuentan historias sobre usted, solo en su cabaña, sin nada más que usted para hacerle compañía”.

Ese comentario le arranca otro gemido y le sonroja lo suficiente como para que sus mejillas se sonrojen incluso a la tenue luz de la lámpara.

“Y por eso no me sirve de mucho la gente de abajo de la montaña. No tienen nada mejor que hacer que cotillear”.

“No se les puede culpar. Una ex estrella del fútbol y héroe de pueblo vuelve a casa para esconderse solo en la cima de una montaña. Ese tipo de historia corre por las fábricas de rumores como el fuego en un pajar”.

Se acomoda en su silla. “No hay ninguna historia. La universidad no encajaba conmigo. Tengo todo lo que necesito. ¿Por qué intentar encajar en un mundo del que no quería formar parte de todos modos?”.

“¿Cómo es posible que el héroe de Little Bend no encajara?”.

“Quizá porque no quería”. Me mira fijamente hasta que me quedo clavado en el sitio. “¿Cuál es tu historia, ya que estás de humor para compartir? ¿Qué pasó en Raleigh para que volvieras corriendo aquí?”.

Cuando Ethan deja la taza sobre la mesa y se inclina hacia delante, el calor que desprende me impregna la piel. Es adictiva la forma en que me mira. Tengo toda su atención y, por primera vez, me doy cuenta de que es exactamente por eso por lo que hoy he sentido el impulso de subir por el sendero de la montaña.

No estaba huyendo de mi ex. Corría hacia Ethan Greene.

“No hay mucho que contar”, digo, intentando calmar los nervios que ahora fluyen por mí como una cascada. O puede que sea la adrenalina de haber sobrevivido al ataque de un oso, que me hace palpitar el corazón y me enciende la luz de la cabeza. “Pensé que estaba hecho para cosas más grandes que este pueblecito, y la vida me demostró que no era así”.

Ethan se inclina más cerca y deja caer una palma grande y áspera sobre mi rodilla. Su mirada se clava en la mía y la intensidad me hace palpitar. “No vuelvas a menospreciarte en mi presencia, Cal. No puedo soportarlo”.

Trago saliva y asiento con la cabeza, sin confiar en mi voz. Su aroma me envuelve y prácticamente tiemblo de anticipación. No puedo creer lo que está pasando. Estamos tan cerca que siento su aliento en mi mejilla. Va a besarme. Lo sé. Y en el fondo de mi corazón, quiero que lo haga.

“Prométemelo”, me pide con voz tensa, haciendo que me palpite el corazón.

“Lo prometo”, susurro, incapaz de respirar lo bastante hondo para fortalecer la voz.

Ethan se repone, pero en lugar de inclinarse para besarme, se deja caer en la silla y bebe un

trago de su taza. “¿Sabes qué, Cal? Si es una excursión que te hará sentir mejor, y tu tobillo puede soportarlo, digo que hagamos una mañana al amanecer”. Le da otro trago a la taza y sonríe. “Tengo la sensación de que los dos lo necesitamos”.

Me decepciona el repentino cambio de tema, pero asiento de todos modos. “Sí, me parece estupendo”.

A medida que avanza la noche, Ethan y yo seguimos charlando y riendo mientras tomamos sorbos de café caliente. Al cabo de un rato, Ethan añade whisky, y los efectos me adormecen. Aun así, no puedo evitar echar un vistazo a su cincelada mandíbula y sus fuertes hombros. Cada centímetro de él grita masculinidad y me cuesta resistirme.

Pero cuando llega el momento de darnos las buenas noches e irnos a dormir, Ethan me envuelve en sus brazos y me lleva a la cama. Cuando se inclina sobre mí, espero que se meta dentro. Pero no lo hace. En lugar de eso, me susurra “mañana” al oído antes de soltarme.

Segundos después, el suelo cruje cuando se coloca en la alfombra junto al fuego. Haciendo todo el papel de caballero, mantiene las distancias incluso después de sentir la dureza de su deseo rozándome el trasero mientras me carga.

Me pongo de lado y miro su enorme cuerpo extendido sobre la piel de oso. Se ha quitado la camisa y los pantalones, dejando sólo un par de bóxers, y su piel desnuda brilla a la luz del fuego.

“Mañana”, susurro. “Será mejor que no seas tan caballero”.

Capitulo 3

Ethan

No estoy preparada para recibir invitados, así que me conformo con desayunar café y pan frío. Callie está tan plácidamente noqueada en mi cama que no quiero despertarla haciendo ruido de sartenes para preparar huevos y beicon.

La verdad es que podría sentarme en mi silla, sorber mi café y verla dormir durante horas. De hecho, ya lo he hecho.

Anoche no dormí mucho. Los suaves ronquidos de Callie me recordaban su presencia en la habitación, y cada vez que se movía y gemía inconscientemente por las heridas, luchaba contra el impulso de envolverla en mis brazos y besar cada una de ellas hasta que se le pasara el dolor.

"¿Qué hora es?", me pregunta con voz somnolienta mientras se da la vuelta para mirarme. Tiene los ojos suaves, el pelo enredado en la almohada y una marca de la costura de la almohada en la mejilla derecha.

"Demasiado pronto", respondo, esperando que se dé la vuelta y siga durmiendo.

En lugar de eso, se sienta, los enredos le caen sobre los hombros, se pasa una mano por los ojos adormilados y bosteza. "Creía que íbamos a ir de excursión al amanecer".

"Hum", respondo, dejando a regañadientes mi silla y mi vista de Callie para prepararle una taza de café. "Acaba de salir el sol".

Cuando le doy la taza, la coge con las dos manos, se la lleva a la cara para que el vapor que sale rodee su pálida piel e inspira profundamente. "Tengo una cafetería, y ni siquiera yo puedo hacer un café que huela tan bien. Ethan, eres un dios".

Sonrío, cojo mi taza y me acomodo en la silla. "No hay nada que hacer. Los fogones hacen todo el trabajo".

Callie se queda callada unos largos segundos mientras sorbe. Echa un vistazo a mi camarote, observando todo lo que ocultaba la tenue luz de anoche. Luego se estira y echa las piernas desnudas por encima de la cama.

Mis ojos se fijan en el parpadeo de la piel y en los moratones oscuros que se han amoratado durante la noche. "Me he quitado los vaqueros durante la noche. Espero que no te importe".

Sólo puedo negar con la cabeza y maldecirme por no haberle preparado una ducha caliente antes de acostarla. "Te he preparado un cuenco de agua caliente y una toalla en el baño. Prepararé unos huevos mientras estás ahí y luego nos iremos".

Callie suelta otro bostezo y, esta vez, estira los brazos por encima de la cabeza, haciendo que

su camiseta se suba y deje ver una fina franja de su vientre. Se me hace un nudo en la garganta al ver su piel desnuda e intento deshacerme del deseo que empieza a agolparse en mis entrañas. Sus moratones me recuerdan que ahora es vulnerable y no quiero aprovecharme de ella.

"Eres un salvavidas, Ethan", dice, esbozando una sonrisa que me acelera el corazón. "No sé cómo habría sobrevivido a esto sin ti".

Siento una oleada de protección hacia ella y me obligo a concentrarme en preparar el desayuno. Mientras rompo los huevos en la sartén, intento alejar los pensamientos que se cuelan en mi mente. Pienso en pasarle los dedos por los moratones, besar sus suaves labios y cogerla aquí mismo, en la encimera de la cocina.

Sacudo la cabeza para despejarla, maldiciéndome por ser un maldito pervertido. Callie no necesita a alguien que se aproveche de ella en su estado vulnerable. Necesita un amigo, y eso es lo que pretendo ser.

Cuando Callie sale del baño, completamente vestida, con el pelo recogido en una coleta en la base del cuello y la piel radiante, no puedo contenerme.

"¿Lista para salir?", me pregunta con una sonrisa radiante.

Asiento con la cabeza, mientras mi mente sigue dando vueltas a pensamientos que no debería tener. Después de comer, salimos al aire fresco de la montaña, con las hojas cubiertas de escarcha crujiendo bajo nuestros pies.

Hablamos de todo y de nada en particular, la conversación fluye con facilidad entre nosotros. Rebotando entre historias de nuestros pasados entrelazados y otras nuevas de nuestras aventuras fuera de Little Bend, el tiempo pasa rápido y, antes de que salga el sol, llegamos a la cima.

Sin aliento por la subida, Callie apoya la espalda en la pared del acantilado y se inclina lo suficiente para disfrutar de las mejores vistas del valle. "Ya veo por qué te gusta estar aquí arriba", dice, observando el tráfico de la autopista que corta la cresta más lejana. "No hay prisas. No hay obligaciones que te tiren de todas direcciones".

"Es una de las ventajas". Retrocedo hasta la roca y apoyo la espalda junto a ella para que nuestros brazos se rocen ligeramente. "Las vistas también merecen la pena".

No miro hacia el horizonte ni hablo del paisaje. Como si intuyera lo que quiero decir, Callie se mira los dedos y juguetea con la cremallera de la chaqueta antes de volver a hablar.

"Ethan. ¿Y si te dijera que sabía que mi móvil no tendría cobertura tan arriba y que programé la excursión para no quedarme atrapada en la montaña al anochecer?".

Una parte de mí no puede creer lo que estoy oyendo. Otra parte de mí lo sabía desde el principio. Doy un paso a su alrededor para inmovilizarla entre la pared del acantilado y yo. "¿Quieres decir que te has puesto en peligro intencionadamente para llamar mi atención?".

"No", sus ojos se abren de par en par, y el más suave tono rosa sube a sus mejillas, "quiero decir, sí. Pero no planeé lo del oso y pensé que me encontraría contigo en la cabaña. No que tuvieras que rescatarme". Hace una pausa y, con mirada inocente, parece arrugarse bajo mi mirada escrutadora. "No es como si pudiera coger el teléfono y llamar. No se lo pones precisamente fácil a...".

Ya he oído bastante. Tomo a Callie por la nuca y rozo sus labios con los míos. "Callie, siempre he estado aquí". Cuando cierro la boca sobre la suya y rozo la costura con la lengua, ella arquea la espalda, apretándose contra mi pecho mientras un gemido se escapa de sus labios.

Es lo más desesperado y hermoso que he oído nunca. La rodeo con mis brazos y profundizo hasta que su respiración se entrecorta y se aferra a mi camisa.

Cuando creo que ya ha tenido bastante, me retiro, busco su mirada y le aprieto las mejillas con las palmas de las manos. "Si alguna vez me necesitas, aquí estoy. No tienes que hacer

ninguna locura. Estoy aquí".

La frente de Callie cae sobre la mía, sonríe y su rostro se ilumina de una forma que me deja sin aliento. Alarga la mano para tocarme la mejilla. "Ahora lo sé", susurra.

Necesito que recuerde que siempre estaré aquí, y necesito que entienda lo mucho que quiero estarlo. La agarro por la cintura, la subo a la roca cubierta de musgo y me muevo entre sus tobillos hasta que mi cuerpo es lo único que la sostiene. Me inclino hasta que nuestros labios casi se tocan y veo cómo su mirada pasa de mis ojos a mi boca y viceversa. "Entonces necesito que me prometas otra cosa".

Ella asiente antes de que termine la frase. "Cualquier cosa.

Agarro con fuerza sus muslos, ella me rodea la cintura con los brazos y bajo los labios hasta que solo nos separa un suspiro. "Nunca volverás a ponerte en peligro por otro".

Me rodea el cuello con las manos y tira de mí hasta que temo aplastarla. "Te lo prometo si haces una cosa por mí".

"Cualquier cosa", susurro. "Dilo y está hecho".

La boca de Callie se acerca tanto a la mía que puedo saborear el café aún en su aliento. "Enséñame cómo trata a una chica un hombre de verdad, Ethan. Hazme tuya".

Capitulo 4

Callie

No sé cómo hemos llegado tan rápido a la cabaña de Ethan, pero estoy sin aliento y sudando bajo los vaqueros y el jersey.

"Callie", dice Ethan antes de cerrar la puerta de la cabaña y arrinconarme contra la pared junto a su estufa de leña. Sus ojos recorren mi cuerpo, seguidos de sus manos, antes de posar toda su atención de nuevo en mi cara. Está a unos centímetros de besarme y me inclino hacia él, deseando sentir sus labios sobre los míos más que mi próximo aliento. "¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Ese apasionado beso en la cima me hizo mojarme, pero el escaso control que Ethan lucha por mantener me tiene derritiéndome. Le echo los brazos al cuello y bajo la cara para que nuestras narices casi se toquen. "Sí, Ethan. Nunca he estado más segura en mi vida".

Es todo el permiso que necesita. Mi cuerpo se levanta del suelo, flotando hacia la cama. Todo el tiempo, clavada en la mirada de Ethan, sus manos moldeando mis curvas y sus labios devorando los míos. Gemidos suaves se nos escapan a los dos mientras me hundo en la dicha momentánea.

Se separa de mí y me deja sobre la cama, mirándome fijamente con una mirada que podría encender un fuego. Le correspondo con la misma intensidad y deslizo los dedos por su pelo, mientras sus manos buscan mis caderas y me acercan al límite.

Nuestras bocas vuelven a chocar, explorándose mutuamente mientras nuestras lenguas bailan. Ethan me agarra por la cintura y siento el calor que emana de su cuerpo. Es como un sueño, y no quiero despertar nunca.

De repente, Ethan me tumba, me sigue besando mientras inclina su duro cuerpo sobre el mío y equilibra su peso sobre los codos para no aplastarme.

"Callie", respira contra mis labios entre beso y beso. "¿Tienes idea de lo que me haces?".

Sólo puedo tararear como respuesta. Es lo mismo que siento por él. Consumo por el fuego. Una necesidad que sólo puede saciarse en parte. Una picazón que sólo Ethan puede rascar.

Me devora el siguiente suspiro mientras me recorre los abdominales con las palmas de las manos, desliza los dedos bajo la tela de encaje de mi sujetador y me acaricia los pechos.

Los pezones se me endurecen con el repentino roce de la piel áspera y mi cuerpo se tensa de anticipación.

"Ethan", susurro. Es una súplica, pero aún no sé lo que quiero. ¿Alivio? ¿Un roce más fuerte?

Tal vez ambas cosas.

Me quito el jersey y Ethan me pasa el sujetador por la cabeza antes de quitarse la camiseta. Esta vez, cuando se inclina sobre mí, el vello de su pecho me hace cosquillas en mis pechos sensibles, provocando una nueva y deliciosa oleada de anticipación que me revolotea desde el estómago hasta el fondo.

Ethan desliza sus dedos entre mis vaqueros y mis caderas desnudas, provocando otra oleada de energía en mi punto más sensible.

"Eres preciosa", murmura contra mi cuello mientras me besa la clavícula.

Se me cierran los ojos y siento que el corazón se me acelera mientras me derrito bajo el calor de sus caricias. Echo la cabeza hacia atrás y me arqueo contra él en respuesta.

Me aprieta con las caderas mientras desciende y cada beso se acerca más y más a mi centro. Jadeo y un rayo de placer me recorre cuando sus labios rozan mi vientre. Sigue bajando hasta llegar a mis bragas de seda.

Hace una pausa, con su aliento caliente sobre mi sexo, antes de quitármelas, dejando al descubierto mi palpitante deseo.

Mi respiración se entrecorta al sentir la lengua de Ethan contra mis partes más íntimas. Su tacto es suave pero seguro, explora mi cuerpo de formas que no sabía que existían. Gimo y me retuerzo debajo de él mientras olas de placer se abaten sobre mí. Le agarro del pelo y me aferro a él, dirigiendo su boca caliente hacia donde más lo necesito. Él responde con un profundo gemido que resuena en mi clítoris y me lleva al límite más rápido que nunca. Me pierdo en el momento, ajena a todo excepto a la sensación de las manos, los labios y la lengua de Ethan explorándome.

Pronto, el placer se vuelve insoportable y grito su nombre mientras me libero en un potente orgasmo.

Cuando salgo de mi éxtasis, Ethan vuelve a besarme por todo el cuerpo antes de estrecharme entre sus brazos.

"Ha sido increíble", me dice sonriéndome.

Le devuelvo la sonrisa, con el corazón desbocado por lo que hemos compartido.

"Pero no he terminado". Sus ojos adquieren un matiz de oscuridad que me aprieta el corazón, ya de por sí sensible. No puedo imaginarme qué más podría tener preparado hasta que se desabrocha los vaqueros y se los baja, junto con los calzoncillos, dejando al descubierto su polla, ya dura y resbaladiza de semen.

Lucho contra el impulso de cogerla con la mano y acariciarla como él ha hecho conmigo hace un momento. Separo las piernas, invitándole a entrar, pero él me sorprende cogiéndome por los tobillos y arrastrándolos hasta un lado de la cama. Me levanta los pies para que apoye las piernas en su pecho y el culo en el borde de la cama.

"Mierda", murmura, con la cara desencajada. La expresión detiene mi corazón y me siento sobre los codos. "¿Qué, Ethan?"

"No tengo condón".

Aliviada, me dejo caer de nuevo sobre la cama y sonrío. Después de dejar a Michael, lo único bueno que hice fue seguir tomando anticonceptivos. "Tomo la píldora. Y estoy limpia".

Sonríe. "Llevo más de un año".

No entiendo por qué esa confesión me pone aún más cachonda, pero lo hace. Lo necesito dentro de mí ahora.

Nunca había estado tan expuesta, y la novedad se suma a mi excitación, que ya va en aumento. Extiendo las manos sobre su pecho y siento su calor quemándome las palmas.

Ethan se desliza lenta y profundamente, la posición expuesta facilita que me llene y me estire

hasta que creo que no puedo más. Se detiene y deja que me amolde a su longitud antes de empujar, cada vez con más fuerza. Clavo los dedos en su pecho y le susurro palabras de aliento mientras me entrego al placer que aumenta con cada embestida.

Su cara se cierne sobre la mía y mi cuerpo se dobla como un pretzel. Mis pies se curvan alrededor de su cuello, lo que me permite controlar la parte superior de su cuerpo, y mi culo cuelga del lateral de la cama, añadiendo un peso que me permite penetrarle aún más profundamente.

Cada embestida me arranca un gemido hasta que mi voz se disuelve en un ruido sordo.

Encontramos nuestro ritmo y chocamos en un apasionado crescendo que nos lleva al límite de la felicidad. Estoy tan cerca que aprieto los pies con más fuerza y empujo las caderas hacia arriba, suplicándole que me penetre, hasta que la goma elástica de mi interior se rompe y la presión se libera con una sensación de calor a borbotones.

Ethan bombea dentro de mí unas cuantas veces más, con la cara entre el tormento y el placer, hasta que se detiene y su cuerpo tiembla mientras me aprieta los muslos.

La profundidad de su última embestida, unida a la vibración de su gemido de liberación, casi hace que me corra otra vez.

Cuando se aparta, mis pies caen al suelo y me arqueo hacia atrás sobre la cama como si fuera un puente. Ethan desliza una mano bajo mi espalda y me levanta, llevándome al lado opuesto de la cama.

Nos desplomamos en un montón sudoroso y exhausto. Él está extendido con un brazo envolviéndome mientras mi cabeza encaja perfectamente entre su hombro y su palpitante cuello.

Ethan me acerca y me besa la frente, con los ojos aún cerrados y la respiración agitada.

“Ha sido increíble”, murmura contra mi piel.

“Y yo estoy de acuerdo, con el corazón todavía acelerado por el mejor sexo de mi vida.

Capitulo 5

Ethan

Parpadeo ante la luz brillante que entra por las ventanas. Hacía años que no me acostaba tan tarde como para perderme el amanecer.

Según mi reloj, son casi las diez de la mañana. Ya ha pasado la mitad del día, pero no me importa. Callie está acurrucada en mi pecho, con el pelo haciéndome cosquillas en el hombro y una pierna colgada sobre mi muslo.

Encajamos a la perfección. Y ayer lo demostramos, pues sólo salimos de la cama para comer algo y reponer fuerzas antes de volver a salir.

Cada vez que me llevaba a Callie ayer, y durante la noche, el sexo pasaba de la necesidad física a algo más emocional, hasta que me encontré haciendo el amor con la mujer que quería para el resto de mi vida.

Pensaba decírselo esta mañana, pero quiero hacerlo bien. Quiero un anillo, una rodilla en el suelo y todo lo demás. Callie se lo merece.

Callie bosteza y se estira, empujando sus pechos desnudos contra mi costado, poniéndome duro y desesperado por otra ronda, aunque sé que ya la he dejado en carne viva. “¿Qué hora es?”, dice entre bostezos somnolientos.

“Las diez y poco”.

Abre mucho los ojos y se despierta al instante. “¡Es lunes!”

Vuelvo a sentarme con el peso apoyado en el codo. “Sí, lo es”.

Se levanta de la cama hasta quedar sentada y su mirada recorre la pequeña cabaña. “Tengo que ir a la cafetería. Soy la única que tiene llave y...”.

Acerco mi boca a la suya y me trago sus siguientes palabras. Cuando me separo, tiene los ojos cerrados y su cuerpo se relaja en el colchón. “¡Joder! Que las masas se queden sin cafeína por un día”.

Me río y me siento, tirando de ella. “No te libras tan fácilmente. Deberíamos llevarte de vuelta a la montaña antes de que alguien envíe un grupo de búsqueda”.

Me acaricia la mejilla soñolienta. “¿Te han dicho alguna vez que eres un aguafiestas?”.

“Últimamente no”, respondo.

Preparo huevos y tostadas mientras Callie se refresca con agua de la cocina, y nos vestimos, las dos mirando de mala gana cómo pasa el tiempo en mi viejo reloj de pie.

Se acercan las once cuando por fin nos ponemos los zapatos y los abrigos y nos dirigimos al

pueblo. El descenso de la montaña está bien a la luz del día y sólo nos llevará cuarenta y cinco minutos, pero quiero ir despacio con las heridas de Callie.

Eso, y que cada vez que intento ayudarla a bajar de una pared rocosa o en un recodo estrecho del camino, acabo abrazándola con fuerza y robándole un beso más para el recuerdo.

A pocos minutos del pueblo, el bolsillo del abrigo de Callie empieza a zumbar. Los sonidos empiezan despacio, pero después de los primeros, son tantos que crean una cadena continua de ruido.

"Alguien debe de haberme enviado mensajes de texto mientras estaba sin servicio, y ahora me están llegando todos".

Gimo, no estoy dispuesta a compartir a mi mujer con el mundo.

Ella recupera su teléfono y enciende la pantalla. Incluso desde la distancia, veo el parpadeo de varios mensajes entre sus dedos.

"Es Patricia, de la tienda", dice Callie como si percibiera mi repentina inseguridad. "Se me olvidó decirle que me iba de excursión el sábado. A veces le gusta que cenemos juntas".

Mi temperamento se calma. Callie tiene una vida. Tiene amigos y un trabajo en la ciudad. No puedo estar celosa de todos los que le prestan atención.

Pero cuando me doy cuenta de esto, Callie se desplaza y su cara se cae mientras lee una docena de mensajes más.

"La tal Patricia es persistente", digo, mordiéndome el interior de la boca para mantener la voz firme.

Callie no me contesta de inmediato, lo que aumenta mi ansiedad. Cuando la llamo por su nombre, aparta la mirada de la pantalla con la preocupación arrugándole la piel alrededor de los ojos.

"¿Qué? Ah, sí, se preocupa mucho". Se preocupa mucho".

"¿Preocupación por varios textos?"

Callie rodea el siguiente árbol y se detiene. Está concentrada en su teléfono, evitando mi contacto visual. "No todos son de ella. Michael, mi ex, me ha estado buscando. Quiere saber por qué vino a la ciudad el fin de semana".

Se me acelera el corazón y aprieto los puños. Joder, quiere hablar con mi chica. Tuvo la oportunidad de tratarla como la reina que era y la desperdició.

"Dile que se vaya a la mierda y borra su número". Aprieto la mandíbula y las palabras salen más duras de lo que hubiera querido.

Callie por fin me mira, y en cuanto lo hace, desearía que no lo hubiera hecho. Está insegura, y eso es un duro golpe en mis costillas.

"Creo que debería ver qué tiene que decir".

"Callie", prácticamente siseo su nombre. "¿Seguro que quieres hacerlo?".

Termina de leer sus mensajes y se guarda el teléfono en el bolsillo, acercando la palma de la mano a mi mejilla. "Ethan, no hay nadie como tú. Michael nunca te sustituirá. Pero tenemos una historia, y traerla a una nueva relación no sería justo". Inclina la cabeza para que su mirada esté en ángulo. "Entiendes lo que digo, ¿verdad?"

Entiendo que ese hijo de puta le hizo daño, y ella está caminando de regreso a él. Mi instinto me dice que me eche a Callie al hombro, la suba a la montaña y la encierre en mi cabaña. Preferiblemente atada a mi cama. Pero no puedo tomar las decisiones de su vida por ella.

"Haz lo que creas que tienes que hacer", digo, forzando una sonrisa que me duele hasta la boca. Le pongo una mano en la cabeza y me inclino para besarle la frente. "Siempre estaré aquí, Callie".

Ella asiente, sus ojos suaves y espigados de lágrimas no derramadas. “Sé que lo estarás. Traga saliva. “Puedo hacer el resto del camino sola. Gracias por todo, Ethan. Me has salvado la vida en más de un sentido”.

Sólo asiento con la cabeza, temiendo que si abro la boca no podré controlar lo que salga.

Callie parece esperar a que responda y, cuando no lo hago, se levanta con una mano sobre mi hombro y me besa la mejilla.

Al verla hacerse más pequeña en la distancia, sé que debo dejarla marchar. Aunque me esté matando por dentro, porque está volviendo con la persona que le hizo daño en primer lugar.

Pero quedarse tiene que ser decisión de Callie. No puedo tomarla por ella. Sólo puedo volver a la vida solitaria que me he labrado en la montaña y rezar para que los recuerdos de Callie en mi vida, en mi cabaña, en mi cama, no sean suficientes para llevarme al límite.

Callie

“Dijiste que era una inútil”.

Miro a Michael con su chaleco de diseño sobre una camisa de algodón y pantalones grises. Está en las malditas montañas, en pleno invierno, y lleva unos zapatos de piel. ¿Cómo he podido ver a este hombre como algo más que el usuario primadonna que es?

“Estaba en un mal momento, nena. El trabajo me estresaba, los compañeros me echaban la bronca y necesitaba liberarme”.

Me río y cruzo los brazos sobre el pecho. Estoy de pie en medio de mi cafetería, aún cerrada por haberme levantado tarde con Ethan. Todavía puedo oler su aroma almizclado en mí, y lo respiro cada vez que necesito fuerzas para lidiar con este imbécil.

“Me echaste, Michael”.

Me coge del brazo y trata de desplegarlo, pero me aparto. “Nunca quise hacerte daño, nena. La cagué. ¿Qué más quieres que te diga?”.

“¿Lo sientes?” dice Patricia desde detrás de la puerta de la cocina. Estoy segura de que no quería que la oyéramos, pero su voz se oye. “Lo siento”, añade cuando nos callamos. “Estaré en la cocina si me necesitáis”.

Vuelvo a centrar mi atención en Michael. No necesitaba pasar el fin de semana más hermoso siendo adorada por Ethan Greene para saber lo mal que me trataba Michael, pero ahora que he experimentado el amor de un hombre de verdad, no hay vuelta atrás. Jamás.

“Lo siento”, dice, dando otro paso adelante e intentando cogerme el brazo de nuevo. Esta vez me aparto de un tirón y sus brazos caen a los lados. “No puedo hacer esto sin ti, Cal. Me he dado cuenta desde que te fuiste. Quiero recuperar lo que teníamos y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguirlo”.

“Cualquier cosa”, repito, desconcertada por su oferta.

Él asiente y se lleva las manos al pecho. “Dilo”.

Finjo reflexionar un minuto más. Verle arrastrarse es demasiado satisfactorio para rendirse tan fácilmente. Pero a pesar de lo divertido que es hacerle retorcerse, no puedo olvidarme de Ethan ni dejar de ver la tristeza en su cara cuando le dije que tenía que tener esta conversación.

Mi corazón se hunde y la necesidad de venganza se desvanece. “Michael. No voy a aceptar que vuelvas. Me has jodido, literal y figuradamente. Tengo una nueva vida en Little Bend, y no voy a abandonarla”.

“¿Nada de lo que diga te hará cambiar de opinión?”

Sabía que nunca dejaría Raleigh, ni siquiera por mí. “No.

Su tono pasa de pesaroso a irritado tan rápido que no me habría dado cuenta si no hubiera notado el cambio en sus ojos. “Como quieras. Nunca les gustaste a los socios. Siempre decían

que yo podía hacerlo mejor".

Sonrío, conteniendo la risa ante la estupidez de su respuesta porque, por ridículo que parezca, ya he causado bastante daño por un día. "Quizá tengan razón.

Michael sale furioso de la tienda, empujando la puerta con tanta fuerza que hace temblar el extremo de su herraje.

"¿Se ha ido?" Patricia asoma la cabeza por la ventana de la estación de servicio.

"No hay moros en la costa", respondo, tomando uno de los taburetes junto a la barra de café.

"Y hasta nunca". Patricia sale y me tiende una taza decorada con una rosa sobre mi chai mocha latte favorito. "Para empezar, ¿qué viste en un tipo así?".

"Una alusión", respondo, tomando un sorbo. "Pensé que alejarme lo más posible de Little Bend me haría feliz. Y eso incluía salir con hombres alejados de las montañas".

"¿Funcionó?" pregunta Patricia mientras comprueba si la puerta principal ha sufrido daños.

Me pongo de pie y extiendo los brazos a los lados. "Ya ves tú qué bien".

Patricia empieza a soltar una risita, pero tan pronto como lo hace, parece tragarse el sonido. "Mierda, Cal".

"¿Qué?" Dejo caer la taza en la encimera y cruzo la habitación, preocupado de que Michael esté de camino para darme más explicaciones sobre mis defectos.

Cuando asomo la cabeza por la puerta principal de la tienda, veo que no es Michael, sino Ethan, que baja por la acera como un toro desbocado.

Va vestido con sus vaqueros y botas habituales, con una camisa de algodón abotonada bajo una gruesa chaqueta de lana, y sus pies se comen el pavimento.

Llega a la puerta y frena en seco cuando nuestras miradas se cruzan. Algo arde detrás de esos ojos castaños oscuros, y por la forma en que su pecho se agita por el esfuerzo de su caminar, diría que lo tiene molesto.

"Ethan", digo, cogiéndole la puerta a Patricia. "¿Qué haces en la ciudad?"

Da otro paso adelante. "Esperando no llegar demasiado tarde".

Confundida, entrecierro la mirada. "¿Demasiado tarde para qué?

Se acerca a mí y sus enormes brazos caen a mis costados. "Para decir lo que quería en la montaña". Se acerca, me empuja dentro de la tienda y cierra la puerta tras de sí. De repente, Patricia no aparece por ninguna parte y me quedo solo, congelado en mi sitio. "Sé que te preocupas por tu ex, o no te habrías preocupado por todos esos mensajes, pero Callie, cariño, si es capaz de dejarte ir, aunque sólo sea por un día, no te merece, joder".

De repente soy demasiado consciente del calor de Ethan y de cómo su cuerpo me aprisiona. "¿Has venido a la ciudad sólo para decirme eso?

"No. Se inclina y sus labios rozan mi oreja. "He venido a la ciudad para enseñártelo". Atrapa mis labios con los suyos, sus manos se enredan en mi pelo mientras profundiza el beso.

Mi mente se acelera mientras sus labios se mueven contra los míos y su lengua explora con pericia cada centímetro de mi boca. Hacía tanto tiempo que no me sentía así: deseada, querida, amada. El recuerdo de Michael y sus palabras se desvanece cuando el tacto de Ethan me produce escalofríos.

Le rodeo el cuello con los brazos y tiro de él para acercarme mientras retrocedemos hacia el mostrador. Un fuerte golpe nos saca de nuestro trance y vemos a Patricia en la puerta de la cocina con una bandeja de tazas de café en la mano y los ojos muy abiertos por la sorpresa.

"Lo siento", balbucea y vuelve a desaparecer tras la puerta.

No puedo evitar reírme. "Ha sido una tarde dura para Patty. Quizá debería darle el día libre mañana".

“No es la única”, respira Ethan, todavía a escasos centímetros de mí.

Estrecho mi mirada hasta la suya juguetonamente y tomo una de sus enormes manos entre las mías. “No me digas que estabas preocupado”.

Gime. “Mucho”.

Me rodea el hombro con su brazo y me arropo en su calor. “No deberías haberlo estado. Después de todo, me lo hiciste prometer”.

Su barbilla se apoya en mi cabeza, mostrando lo bien que encajamos. “¿Me prometiste qué?”

Inclino la cara hacia arriba, apenas capaz de hablar a través de mi sonrisa. “Me hiciste prometer que nunca me pondría en peligro por los demás. Así que cuando Michael apareció por aquí suplicando que volviera conmigo, no caí en la trampa”. Le doy un golpecito con el dedo en el pecho. “Además, alguien me dijo que siempre estaría a mi lado cuando lo necesitara. Así que sabía que no me dejarían sola mucho tiempo”.

La cara de Ethan se ilumina mientras me envuelve en un fuerte abrazo. “Bueno, no hay forma de que vuelva a dejarte ir”.

Se inclina para besarme de nuevo, pero le pongo un dedo en los labios y me río. Déjalo para más tarde”. Le digo, con voz burlona. “Vámonos a casa”.

Epílogo

Callie

Seis meses después.

“No me puedo creer que se vaya a casar”, Patricia ayuda a esponjar mi vestido mientras sostiene mi ramo de margaritas recogidas en la montaña.

“Nadie en Little Bend puede creer que un hermano Greene por fin siente la cabeza”, añade Rebecca, mi nueva empleada y antigua amiga del instituto. “Esos cuatro chicos son tan asilvestrados como gatos de callejón”.

Patricia se aclara la garganta. “Excepto Ethan”, corrige.

La atención de Patricia y Rebecca se vuelve hacia mí. Becca se sonroja y no tarda en hablar. “No me refería a él. Es que... maldita sea, Cal. Sabes a lo que me refiero”.

Me río, y mi pecho se aligera con la liberación de energía. “Sé exactamente lo que quieres decir”. Y lo sé. Criados por su padre, los chicos Greene se dispersaron por los cuatro rincones del condado una vez que cumplieron los dieciocho años respectivamente.

Ethan es el mayor, el que lleva más tiempo solo, y su asentamiento tiene a todo el pueblo alborotado.

“Cole incluso vendrá a la boda”, añade Patricia, con las mejillas igualadas a las de Becca. No es ningún secreto que siente algo por Cole Greene desde que se besaron en el patio del jardín de infancia.

“Todo el camino desde Pike's Peak”, añade Becca con una risita.

“No te burles”, regaño con una risita. “Además, apuesto a que Cole no ha visto a una mujer en dos años. Una boda llena de ellas va a ser bastante dura”.

Nadie ha visto a Cole desde que aceptó un trabajo de leñador en lo más profundo del bosque de Blue Ridge. Y Patricia no ha puesto los ojos en otro hombre desde que se fue.

“Se supone que estamos ayudando a Callie a prepararse y míranos, charlando”. Becca se adelanta con mi velo. “Además, te has ligado a los mejores con Ethan”.

Asiento y agacho la cabeza para que me coloque las peinetas del velo en el pelo.

Ha sido un torbellino de medio año, no puedo mentir. Debatiendo dónde viviríamos, cómo me encargaría de la tienda mientras vivía en la montaña y cómo Ethan compaginaría su trabajo con la construcción de un anexo y el tendido de líneas de agua y electricidad.

Los hombres Greene podrían estar de acuerdo con existir fuera de la red, pero yo no. Parte de nuestra espera para casarnos tuvo que ver con mi exigencia de una ducha con agua corriente e

inodoros con cisterna.

Becca acaba de ayudarme a ponerme los zapatos cuando alguien llama a la puerta del vestidor.

“¿Todo el mundo decente?”

Patricia frunce el ceño. “¿Ya nada es sagrado? Ethan Greene, vuelve a meter el culo en el camerino antes de que arruines todo el día”.

Oigo el profundo gemido de Ethan a través de la puerta y bajo del tocador para reunirme con él.

“No puedes”, empieza Patty antes de que levante una mano para detenerla.

“Le llevaré de la mano a través de la puerta, ¿te parece bien?”. Sonrío y deslizo los dedos por la abertura de la puerta hasta que se entrelazan con los grandes y cálidos de Ethan. “¿Qué tal un poco de intimidad?”. Asiento a Patricia, que hace un sonido de “oh” y se aparta para ayudar a Becca a guardar mi maquillaje.

“¿De verdad vamos a hacer esto?” pregunta Ethan, con voz ronca y gruesa. Sé que no se está replanteando lo de la boda, pero estar delante de media ciudad le ha estado rondando por la cabeza desde que fijamos la fecha.

Le aprieto los dedos y apoyo la frente en la puerta. “Mi oferta sigue en pie. Tú, yo, el ministro y la montaña. Sería tan feliz allí como aquí”.

“No.” Algo golpea contra la puerta e imagino a Ethan apoyando la frente en el mismo lugar donde yo apoyo la mía. “Tú quieres una boda por la iglesia, y yo quiero dártela. Es sólo que...”

Maldita sea, la puerta. Suelto sus dedos y la abro hasta que estamos frente a frente. “Callie”, dice, su voz llena de preocupación.

“¿Qué? Me encojo de hombros. “Nunca he creído en el folclore ni en las supersticiones. En lo que sí creo es en ti y en mí”.

Ethan me levanta la mano y entrelaza sus dedos con los míos antes de colocar ambos sobre su corazón y acercarme. “Debo creer en ellas porque casarme contigo es un cuento de hadas”.

Detrás de nosotros, alguien hace un ruido de arcadas, y me giro a tiempo de pillar a Becca apartándose. “Celosa”, susurro antes de volverme hacia Ethan. “Si esto es un cuento de hadas, eso te convierte en mi príncipe azul”.

“En serio, vosotros dos”, dice Becca.

“A mí me parece muy tierno”, añade Patricia.

“Lo harías”, Becca desliza un brazo sobre los hombros de Patricia. “Venga. Vayamos a buscar a tu amor perdido y dejemos que estos dos pájaros se diviertan en privado”.

Espero a que se cierre la puerta de atrás antes de volverme hacia Ethan. “Última oportunidad. ¿Boda por la iglesia o con vistas a la montaña? Me vale cualquiera de las dos, siempre que estés a mi lado”.

Ethan se detiene un segundo, su mirada busca la mía, su boca se cierne sobre mis labios tan cerca que rozan la piel sensible. “Tú eliges, cariño. Siempre será tu elección el resto de mi vida”.

Cuando toma mi boca entre las suyas, no puedo respirar. Subo los brazos y le rodeo el cuello, mis dedos se enredan en su pelo, tirando de él hacia el fondo. Mi corazón no se acelera, no da saltos. Se eleva más alto que las nubes, fuera de la tierra, hacia el cielo.

Ethan se separa, con la respiración tan agitada como la mía. Me rodea la cintura con un brazo y deja caer su frente sobre la mía.

Es todo lo que tiene que decir. No necesito una iglesia elegante, ni una gran fiesta, ni siquiera una luna de miel si él prefiere quedarse en la montaña. Todo lo que necesito está aquí, inclinado hacia mí, abrazándome como si yo fuera todo su mundo. Como él es también el mío.

“Ethan, nos vemos en la montaña”.

Me acaricia la mejilla con una sonrisa que me derrite el corazón antes de soltarme. “Y yo cogeré al ministro”.

Y media hora después, éramos marido y mujer con el telón de fondo del mismo bosque que nos unió a ambos.

* * *

¿Quieres ver en primera fila el “sí quiero” de Callie y Ethan, y los acontecimientos posteriores?

Echa un vistazo a la historia de Patricia y Cole aquí. Seducida por el montañés

Cole

Cuando me fui de Little Bend, fue para reparar un corazón roto.

Ahora he vuelto para la boda de mi hermano mayor, con la esperanza de convertirme y arder.

Sólo que la fastidiosa Patricia Clark, la niña regordeta que solía seguirme a todas partes, ha crecido y es guapísima.

Una noche atrapado en una cabaña durante una tormenta es todo lo que necesito para enamorarme.

Pero para Patty, dejar atrás el pasado no es tan fácil.

Patricia

Cole es el estándar por el que mido a todos los hombres.

Probablemente por eso sigo soltero.

Nadie será nunca su igual, y me he resignado a encontrar al segundo mejor.

Hasta que la boda de mi jefe vuelve a poner a Cole en mi camino y, por una vez, es él quien me persigue.

¿Pero durará? Una vez que la emoción de la boda haya pasado y ambos hayamos tenido tiempo de pensar en lo que hemos hecho, ¿seré suficiente para retenerlo en Little Bend? ¿O será el solaz del bosque lo que le llame a casa?